

# SAN

# FRANCISCO

Naturaleza y pintura como espacios contemplativos.



Alejandra Santamaría Boada

# Pontificia Universidad Javeriana

## Trabajo de Grado Artes Visuales

### 2024

## Agradecimientos:

אָבֵא קְדוּשָׁה

José Pablo Santamaría Patiño, Ileana María Boada Harker, José Fernando Santamaría Boada, Pedro Pablo Santamaría, Emmanuel Isaías Erazo Ibarra, Isabella Siabato Jara, Martín M. Saldarriaga, Nicolás Florián Guzmán, Juan Andrés Mazabel Beltrán, Simón Pedro Ortega, Daniel Salamanca, Gabriel Silva, Sandra Cristina Abello Rosas.

**Editora:** .....Gabriela Margarita Bautista Jiménez.

# Introducción:

En este proyecto profundizo en mi relación personal con la pintura y con tres elementos específicos que lo inspiran (el territorio, el árbol y la quebrada), ya que estos se han convertido en puntos importantes para mi reflexión sobre la contemplación.

Inspirada por el lugar, dejé fluir mi creatividad para iniciar mi obra, pero a medida que avanzaba me di cuenta de que mi motivación iba más allá de lo superficial.

Entretejiendo la pintura y la naturaleza se despejó el camino hacia la reflexión, abriendo preguntas sobre la espiritualidad, los recuerdos de la infancia, la fe, las sensaciones, el alma en las cosas, las emociones y el ser; comenzando a formar la estructura de eso que inicialmente fue un impulso, la verdadera esencia detrás del vínculo.

La serie refleja parte de mi esencia, nutrida por el amor y respeto por la naturaleza y las enseñanzas que esta me ha dado, donde siento la presencia de la divinidad latente en los espacios.

## Palabras Claves:

- Pintura.
- Naturaleza.
- Espiritualidad.
- Experiencia.
- Liberación.



# Pintura:

Pintar ha sido un escape de la realidad. Es un momento de calma, como si otra persona tomara el control de mi ser. No siento afán ni angustia, no me preocupa cometer errores, no me frustra que lo que ya tengo “resuelto” no funcione o que haya que cambiarlo todo por completo. Me es fácil decir “¡Listo eso se arregla!”, simplemente raspando o cubriendo lo que ya está hecho. Como si de algún modo la pintura me llevara y me condujera, dándome una libertad y optimismo que usualmente no reconozco en la cotidianidad.

La primera vez que pinté, posiblemente, fue en mi infancia. Tanto en el colegio como en mi casa, me ponían a pintar con los dedos o con esas brochas de pelo grueso, ya fuera para mantenerme entretenida o parte de las actividades escolares (como muchos lo pudimos experimentar).

Recuerdo que tenía una mesa roja Rimax manchada de pintura, con rayones de colores y marcadores. Pintaba sobre las puertas del armario de la casa vieja y delineaba sobre los bordes del librero, arrugaba las hojas de la impresora para decir que se habían dañado y tener una excusa para dibujar en ellas. Aun así, la memoria más clara que tengo de la primera vez que pinté fue después de un cumpleaños; mi abuelo paterno me regaló un caballete con todos los materiales: óleos, aceite, aguarrás, pinceles, una paleta, espátulas, y unos lienzos ya dibujados.

Ese mismo día, me dediqué a pintar uno de los lienzos. Era el dibujo de un oso con un overol jugando fútbol. Pinté el oso de acuerdo con la imagen que tenía en mi cabeza, café, con la trompa amarilla y la nariz rosada. Probablemente era más la representación de un oso de peluche que la de un oso real. Además, le pinté los ojos azules; no creo que haya una justificación profunda, más allá de que mis personajes favoritos tuvieran los ojos claros.

El overol lo pinté de rojo, me impresionó el detalle con el que traté de replicar las costuras que estaban en el dibujo; pero hay algo que me intriga, mientras que el pasto lo hice de color verde con una que otra marca oscura, el cielo lo pinté de morado, me pregunto ¿qué habrá pasado por mi cabeza? ¿alguien me ayudó o lo hice yo?, si lo hice yo, ¿fue una decisión consciente? Me parece increíble imaginar a mi yo de niña pintando el cielo de morado con completa convicción, algo que a mi yo de ahora le parecería una decisión difícil (fig1). Es fascinante darme cuenta lo mucho que influyó mi abuelo paterno en mi gusto por la pintura, lo cual se convirtió en mi decisión profesional.

Mi abuelo paterno trabajaba en el Jardín Botánico de Bucaramanga. Un día, luego de recorrer juntos el parque, paramos frente a una clase de pintura, mi abuelo habló con el profesor y ese día me dejaron asistir. El profesor nos explicó que existían muchas formas de llegar a un color, hizo que nos acercáramos a unos árboles que estaban próximos y nos preguntaba: “¿Qué colores ven?”, no recuerdo bien mi respuesta, pero tengo presente que él señaló que había más de un color. Era posible ver varios tonos de marrón, negro, verde, colores cercanos al blanco e incluso los tonos de amarillo oxidado.

Pero al alejarse, el árbol se veía marrón claro, cercano al tono *Topo Gris*. Luego el profesor nos dio ejercicios de poner puntos y líneas de diferentes colores para formar un color nuevo. Ejemplo: puntos amarillos + puntos rojos (de lejos) = Naranja, o Rayas rojas + rayas azules (de lejos) = Morado.

Aunque lo veo como un ejercicio simple, me ha seguido acompañando desde ese entonces. Incluso me ha permitido conversar sobre el verde del cielo durante el amanecer, o los tonos que van desde azul hacia el gris escondidos en la sombra de las barandas de Transmilenio, los cuales por contraste se pueden seguir viendo amarillos. Me gusta pensar que busco las marcas de color en las cosas, como las busqué en ese árbol hace muchos años.

Elementos como estos son los que inundan mi cabeza cuando pinto. Las formas y las marcas de colores que van creando la imagen, se apoderan de mí y me liberan del *deber ser*. No obstante, hay otros momentos en los que se da esta liberación, uno de ellos es cuando me encuentro rodeada de naturaleza. Esas mismas formas y colores aparecen en mi mente, hacen parte de mi manera de apreciar el entorno. Una observación que me permite conectar, relajarme y a su vez me facilita plasmar en pintura aquello que veo.

Aunque para tener estos momentos de liberación Franz Kafka afirma que “no hace falta que salgas de la habitación. Quédate sentado a la mesa y escucha. Ni si quiera escuches, simplemente espera. Ni siquiera esperes. Quédate en silencio, en quietud y en solitario...” (como se citó en Fajardo. O, 2022, p.18), personalmente encuentro difícil el silencio y la quietud. Mientras que al pintar o estar sumergida en la naturaleza, los constantes estímulos facilitan esa conexión con el momento.

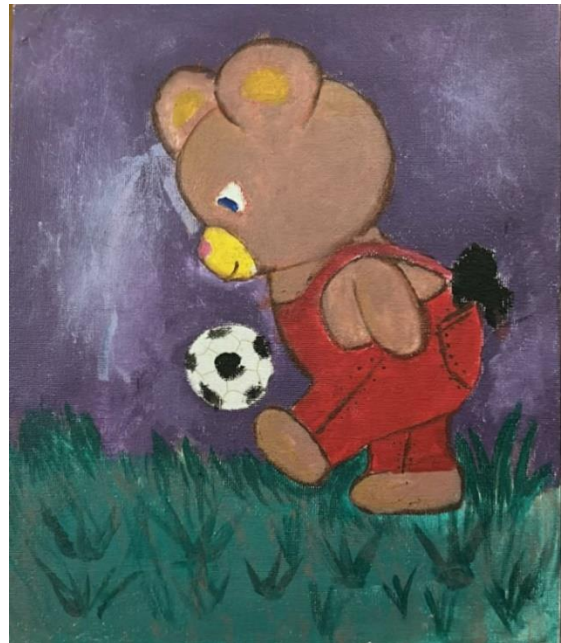


Fig.1

# Territorio:



Mi familia materna (desde la generación de mis bisabuelos) ha tenido una finca llamada San Francisco, ubicada en la vereda de La Salina, municipio de Santa Bárbara - Santander. A medida que nos adentramos en la montaña para llegar allá, el acceso se hace más difícil y la zona deja de ser habitada por personas. Gracias a esto, encontramos un bosque húmedo tropical, mayormente virgen, que sube hasta el páramo del Almorzadero.

San Francisco es una finca de trabajo. En ella se produce y consume lo que se obtiene, por ello es posible comerse un pedazo de cuajada fresca, ir por rábanos al huerto para la ensalada, tomar agua directo del río, comer trucha recién sacada del estanque o recoger huevos en las mañanas para el desayuno; son privilegios que esta tierra brinda.

Pero también hay que tener cuidado, puede que un mapuro<sup>2</sup> te rocíe al recoger huevos, que las ovejas desaparezcan porque los pumas se las comen, que te asustes al escuchar el aullido grave de los monos aulladores, o incluso si se mira detalladamente cuando las plantas se mueven, es posible ver un oso de anteojos. Se vive una experiencia muy distinta a la vida en la ciudad.

Para llegar de un lado a otro hay que caminar largos tramos, recorriendo paisajes montañosos o de bosque. Incluso hay un potrero que se llama "La Maravilla", por la espectacular vista de las montañas. Los sonidos de los pájaros, el viento frío en la cara, la lluvia, la neblina, o el sol picante en la piel, el crujir del río, los llamados de los animales e incluso el olor húmedo de la vegetación, son elementos que te rodean y te abrazan, te envuelven en su esencia.

He recorrido estas montañas toda mi vida. En una ocasión junto al instituto Humboldt hicimos una caminata hasta el páramo, ellos haciendo su tarea y yo acompañando a mi mamá. Yo no alcancé a llegar al paramo. Durante el camino de regreso solo pensaba en lo agotada que estaba y lo poco inteligente que había sido mi decisión de ir. El camino

tenía puntos de escalada, pasos recién abiertos entre la vegetación, maleza y troncos caídos, sin mencionar que era subir desde los 2300 hasta los 3700 msnm, con puntos inclinados que parecían más una pared que un sendero. Me quería sentar a llorar, pero hacerlo significaría perder horas de luz para bajar. En conclusión, un desastre para mí. Por otro lado, mi hermano y mi mamá, lo disfrutaron inmensamente, parecían cabras corriendo por el monte, deslumbrándose por cada detalle que veían. Ellos narran esta historia con vivacidad y alegría, mientras que yo recuerdo calcular que tanto daño me haría si saltaba de A a B por que no quería caminar más.

Mi experiencia no fue tan espectacular como la de ellos sino hasta hace un año. Lejos de ir al páramo, mi caminata fue un poco más común ya que solo quería ir hasta el ordeñadero<sup>3</sup>. No era una exploración nueva, iba con mi tío, los perros y el trabajador de la finca. Cuando llegamos allá ellos tenían que seguir, pero yo decidí quedarme. Me senté en una piedra y descansé de la caminata mientras ellos volvían, hasta los perros se habían ido, estaba sola mirando el paisaje. Después de un largo rato de estar en silencio, mi perspectiva cambió. El viento, el calor del sol, el olor de la vegetación, los colores del alrededor, los detalles del paisaje me hicieron ser consciente de que estaba viva. Me sentí acogida, como si formara parte de un todo, del universo. Ya no estaba sola.

Es difícil poner en palabras exactas la sensación. Era como si mi cuerpo y mi mente se transformaran. Ya no era yo, sino que era el aire; ese que llenaba mis pulmones, que tocaba los cachetes y me jalaba del sombrero. Pero también era sol, ese mismo que me calentaba la cabeza. Dejar de “ser” no se sintió como una pérdida de identidad, por el contrario, me hizo sentir paz. Lo pequeña que era frente a todo lo que tenía en frente, me permitió mezclarme con el follaje y convertirme en una sola hebra de pasto en esa montaña. No tenía que ser diferente, no tenía que sobresalir, no tenía que cumplir con nada, ni responder nada, ni saber nada. Yo estaba cumpliendo mi papel con el solo hecho de existir. En realidad, sentí que todo iba a estar bien así yo estuviera o no presente. Ya no sentía el peso del mundo. El mundo solo existía, y yo existía con él.



# Chiveche:

En el mismo territorio, justo al lado de la casa, hay un árbol grande. Ese árbol tiene raíces largas, que se extienden por varios metros visibles sobre la tierra, antes de adentrarse en ella. Además, tiene un tronco amplio que guía a la copa de ramas largas y frondosas. Durante el amanecer y el atardecer es común escuchar el canto de los pájaros que allí habitan. Incluso, es posible sentarse junto a las raíces, en un suelo cubierto por las hojas secas que se han caído y ahora se descomponen para nutrir el árbol. Ahí, se puede tomar una pausa del sol o de la lluvia y aprovechar la oportunidad para observar los caminos que las ramas y las raíces trazan.

En la zona llaman a este árbol Chiveche. Pero me atrevería a decir, que es el mismo Chibeche. Su nombre científico es el *Ficus Insípida*, especie de árbol que habita desde México hasta Sudamérica recibiendo diferentes nombres (Amate, ojé o higuérón). Esta Higuera de frutos no comestibles para el humano, tiene en su savia propiedades medicinales antiparasitarias y con su corteza se puede producir papel. (Nina.az, 2022)

A pesar de sus rasgos de Ficus, este ejemplar cuenta con ciertas particularidades. Por la humedad del ecosistema la corteza del árbol ha sido recubierta por una capa de musgo, lo cual la hace difícil de ver. La corteza, que normalmente sería de una tonalidad blanca, está invadida por tonos de verde y amarillo. Hay sectores que parecen heridas en la madera, su similitud es debido a las tonalidades de naranja que sobre ella resaltan, generando la idea de una laceración, tal como si la madera quedara a carne viva luego de una lesión.

Aunque he buscado sobre el origen de Chiveche no he encontrado respuesta. Para mi mamá y mi tío, él siempre ha estado allí, siempre se ha visto igual, grande y robusto. ¿Alguien lo habrá plantado o nació naturalmente allí? ¿Cuánto tiempo lleva vivo? ¿Quién más se habrá hipnotizado por su presencia? Curiosamente, esa área fue deforestada hace muchos años para hacer potreros, pero el árbol ahí permanece. Tal como si la persona que taló el sector se hubiera enamorado del árbol, perdonando su vida. Desde entonces, Chiveche ha permanecido por varias generaciones inmutable, siendo visto por la gente, con niños jugando a sus alrededores, animales que disfrutaban de su cobijo o se rascan con su corteza. Un hogar, un refugio, un parque, un doctor o un objeto de contemplación. Cada quien se acerca a él a su manera.

En lo personal, mi relación con él ha tenido varias etapas. Cuando era niña jugaba a hacer equilibrio en las raíces elevadas, desde el tronco hasta el punto en el que se





sumergían, luego caminaba alrededor, buscando si en algún momento volvían a resurgir para seguir caminando sobre ellas. Inconscientemente seguía el camino que el árbol marcaba en su búsqueda de agua. Lo que él recorría por supervivencia era para mí una barra olímpica de equilibrio.

También tuve la idea de poner en sus ramas la típica casa del árbol de las películas norteamericanas, sería un espacio solo para niños, en el cual quería colgar un columpio. Pero existía un pequeño detalle: la altura ¿cómo alcanzaría las ramas?, además de que “en la finca hay muchas cosas por hacer” y al parecer, contemplar no es normalmente una de ellas. Con el paso del tiempo, deje de caminar por encima de las raíces y mi deseo de la casita se esfumó, ambas cosas desaparecieron. De algún modo sentía que mi deber era proteger el árbol y por eso pisarlo o clavarle cosas para construir encima suyo ya no eran una opción.

En estos últimos años, las interacciones con Chiveche han cambiado. Lejos de jugar en él, me siento a verlo, a veces debajo de sus ramas y otras veces más retirada, tomando distancia para verlo por completo. Ya sea en la madrugada, envuelta en ruanas y sacos, esperando avistar a los pájaros que llegan, o cerca del mediodía para poder detallar los colores y las formas.

Sinceramente, no fue hasta que decidí pintar el Chiveche que empecé a investigar sobre él. Buscar cuál era su nombre, la especie, sus capacidades, si era nativo o no. Antes parecía que no era una necesidad. El simple acto de su presencia era suficiente para mí. Extrañamente, era una relación sin nombres, yo no me sabía el suyo ni él el mío, solo habitábamos la vida del otro desde hace mucho tiempo. Poder verlo, distraerme en los detalles, ver las raíces y las ramas, seguir el ruido de algún animal o insecto que al igual que yo encuentra algo en él, sentarme a orar bajo su sombra, acariciar el musgo, esconderme de los quehaceres de la finca... para mí era suficiente con solo observar y no sentía la necesidad de preguntar nada sino solo agradecer por el presente.



# Quebrada:

La quebrada de San Francisco está en un valle estrecho, donde el paisaje es mayormente rocoso. El agua erosiona las montañas, se derrumban, la tierra se va con el río y las piedras se quedan. De este modo la quebrada va tallando la montaña, ganando espacio en medio de ella. Como esta nace en el páramo “del almorzadero” y se encuentra en el bosque alto andino, ¡el agua que por ella fluye es helada! Al meterse, la sensación de *shock* y de dolor te impacta, te pone la piel de gallina y se enrojece. A pesar de esto, si se logra pasar este choque, es una experiencia bastante relajante. El sonido de la quebrada, el correr del agua en la piel, la vista de la vegetación o incluso las piedras, son llamativas.

Los minerales de la zona hacen que haya una variedad de colores en las piedras. Muchos azules, ocres con escarcha, rojizos, tonos crema e incluso blancos. El agua cristalina permite ver el fondo, pero el movimiento de la corriente mezcla los colores. En las partes de mayor flujo se crea espuma, como si se tratara de un jacuzzi, y en las zonas de menor movimiento el fondo está cubierto por algas, se vuelve verde pero también peligrosamente liso.

Existieron ocasiones en las que iba a la finca con el único propósito de bajar a la quebrada. No muchos querían ir pues el agua es realmente fría, pero el solo hecho de estar ahí y meter los pies es un renacer. Como si yo fuera una bolsa de té, iba a remojarme en el agua y todo lo que traía se diluyera en el río. Sí, el agua es helada, pero después de un rato el cuerpo se adormece y solo se disfruta. Tal vez la falta de sensación es relajante, o quizás haya propiedades místicas en el agua.

Normalmente, allí tengo dos actividades principales. La primera es hacer un pozo. Recorro la quebrada hasta encontrar una parte algo profunda, recojo piedras del fondo, e incluso de los alrededores, para ir construyendo una represa. A veces ni siquiera me quedo después de terminar el pozo ya que el solo hecho de construirlo y estar en contacto con el agua durante ese tiempo es suficiente. Al terminar aquella obra tiendo a preguntarme si seguirá allí la próxima vez que vaya. Suelo volver a la casa llena de orgullo para avisar que “el pozo ya está hecho” esperando que alguien se animara a bajar conmigo, pero por lo general, nadie se lo hace, hay otros trabajos que hacer por lo que el pozo solo exististe.

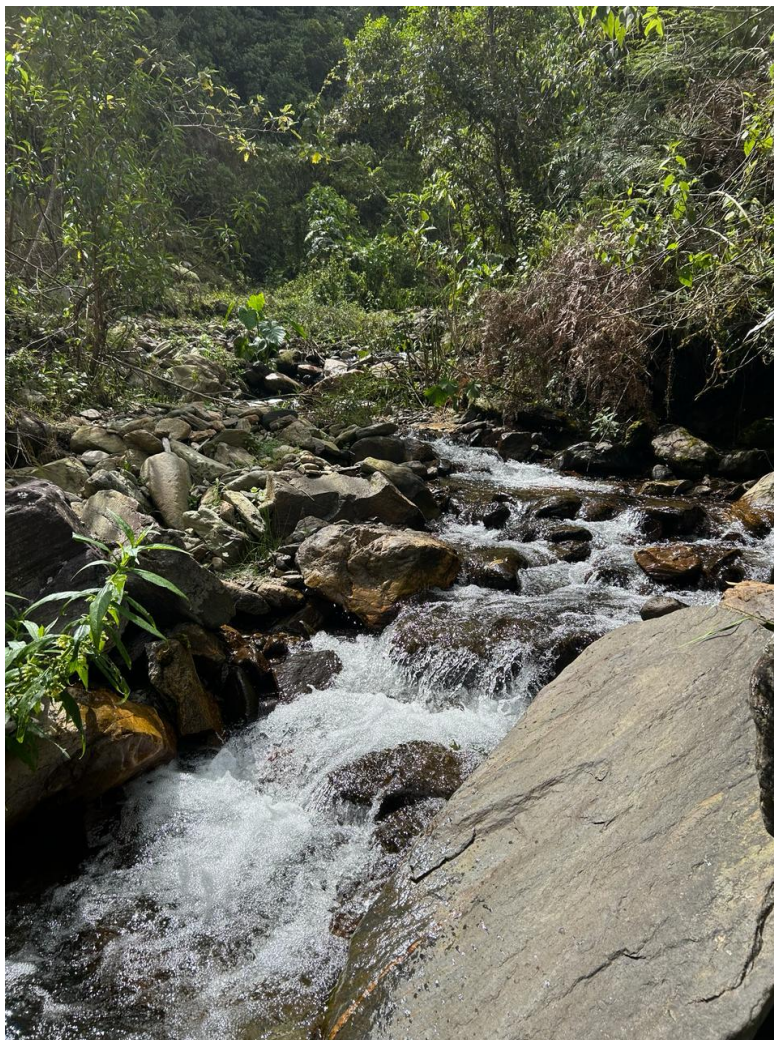
La otra actividad, era solo ir a meterme en el agua y ver qué tanto tiempo aguanto o hasta dónde soy capaz de meterme. Generalmente me va bastante bien, hasta que tengo que meter la cabeza. Sentir el agua fría comprimir mi cabeza o helar mis oídos me parece horrible. Por esto, generalmente me meto hasta el cuello a no ser que haya bajado a bañarme (es más divertido bañarse en la quebrada). Eso sí, permanecer en el agua es un poco diferente. Nunca he medido el tiempo y realmente me distraigo tanto que no podría dar un aproximado.

Hay algo peculiar que ha llegado a pasar en estos momentos. Luego de perderme en las sensaciones y estímulos que estar allí brinda, me pongo a llorar. Siento que la

naturaleza me otorga esa intimidad que necesito para poder abrirme y ser vulnerable, dejando salir las emociones que normalmente oculto pues no me quiero sentir "débil", es un prejuicio, pues pienso que llorar me vuelve incapaz, menos productiva o que simplemente está mal, por lo cual trato siempre de tener la mejor actitud.

Camuflada entre la naturaleza libero mis pensamientos, despejo mi cabeza dejando salir lo que en ella se esconde, pues el color rojizo de mi cara por el llanto es confundido con la irritación por el frío, mis lágrimas son las gotas de la quebrada y los sollozos se pierden en el crujir del agua que corre contra las piedras. "Yo" no estoy ahí, la quebrada es quien habita en esos momentos y se convierte en un refugio protegiéndome incluso de mí misma, de mis propios juicios.

No sé si la próxima vez que vaya, tenga la valentía para meter la cabeza en el agua, meditar sobre los motivos detrás del llanto o no esconder lo que reconozco como una emoción normal. Pero sé, que salir del agua como una bolsa de té, en la cual las hojas ya no tienen sabor de estar tanto tiempo en el agua, es algo que espero con ansias.



## Mistico:

Experiencias como estas, me han llevado a reflexionar sobre la espiritualidad, me he preguntado por la figura de Dios. Ver como en cada ser y en cada momento hay espíritu, como si se tratara de una estación de radio que hay que encontrar, la forma de captarlo para poder sentirlo, en lugar de solo ser atravesados por ondas invisibles que cohabitan con nosotros. Muchos podemos pasar por los mismos lugares, incluso al mismo tiempo, pero no siempre logramos sintonizar con ese espíritu, dejando que pase desapercibido.

Una noche, mientras estaba en la cama, había algo que no me dejaba dormir.

Tic...Tac... Tic... Tac...Tic...Tac...

No sabía dónde había un reloj en mi cuarto, los que tenía habían terminado en un cajón luego de que les sacara las pilas justamente porque no soporto el sonido. Así pues, me levanté en búsqueda de este ruido, encontrando que venía del reloj de pulsera que mi abuelo me había dejado al morir<sup>4</sup>. Me sorprendió porque lo había estado usando en esos días, pero ignoraba su constante ritmo. Algo así me imagino que es la espiritualidad (lo que desde mi fe llamo el "espíritu de Dios"). Siempre está presente, pero en ocasiones muy especiales, logramos sentirlo sin buscarlo, así como aquel día en las montañas de mi finca, donde la totalidad de la vida me envolvió en ese entorno.

Luego de aterrizar nuevamente en la realidad, donde el ruido de la cotidianidad esconde el tic-tac del reloj, nace el ansia por encontrarlo nuevamente. Tratando así, de ver el espíritu debajo de cada piedra, nube, gota de lluvia, persona, etc. Pero a veces esta misma ansia hace que la experiencia se nuble por el deseo de querer verlo, racionalizando algo que solo se vive. El típico "si uno se queda mirando una olla de agua hervir, se demorará más", también puede ser una forma de entenderlo. Realmente el agua va a hervir cuando tenga que hacerlo, al igual que el espíritu se va a presentar cuando sea el momento, aun así, es importante tener la disposición para recibirlo.

Lejos de ser una experta, me gusta pensar que en mis momentos de liberación del deber ser, tengo una sensibilidad mayor al espíritu.



Mi "Yo" de la cotidianidad lleva esa esencia a todos lados, pero la suelo dejar detrás de las murallas que he construido con el tiempo. A veces le doy permiso de salir a jugar, pero debido a su naturaleza de niña curiosa, creo que ha desarrollado la capacidad de escalar y salir por cuenta propia. Gracias a esto, cuando las murallas no están tan presentes ella es la que tiene el mando del barco, dirigiéndolo con curiosidad e incluso ingenuidad, sintiendo la vitalidad que ofrece la vida. Sin embargo, ante la primera señal de riesgo, mi "Yo" cotidiano sale como una mamá al frente de la guerra, dispuesta a hacer lo que haya que hacer para proteger a su niña que es la sensibilidad, retomando de este modo una postura rígida y calculadora, alejada de aquello que no puede entender, pero manteniendo "la mejor actitud".

Es difícil ser ambas partes, una quiere experimentar la vida y la otra está aterrada de ella; una se quiere comer las frutas magentas de los árboles fuera de la iglesia, y la otra tiene miedo a enfermarse si las prueba. Ingenuidad contra supervivencia, momento contra consecuencias, corazón contra razón. El reloj siempre suena, pero si el miedo suena más duro es complicado escuchar.

El arte y la naturaleza tienen la capacidad de silenciar ese miedo. En estos momentos, lejos de callar el miedo de una manera agresiva, ignorándolo o escondiéndolo soy capaz de acercarme y educarlo. Puedo ver que no todos los errores son fatales y muchas cosas tienen solución, que todo fluye conmigo o sin mí, e incluso entiendo que un desliz me puede llevar a la mejora, a madurar o incluso cambiar de camino hacia algo más conveniente. Todo esto hace que el miedo baje de volumen poco a poco, pues deja de gritar al entender con amor el entorno. Es así como las alertas de mi cabeza se apagan facilitando mi calma y tranquilidad.

Específicamente la pintura me ha mostrado que los accidentes o inconvenientes pueden ser grandes oportunidades para replantearse las cosas cuantas veces sea necesario, además de ser un camino en el cual cada interacción con la pintura me ancla al momento aislándome de todo lo demás. Agnes Martin dice que mientras pinta no hay ideas en su cabeza, sino solo inspiración (Chuck Smith Productions, 2009), y aunque sus imágenes sean abstractas, muy distinto a lo figurativo del paisaje, puedo entender la sensación de entrega al momento.

Y la naturaleza, por otro lado, me ha permitido tener esos momentos en los que dejo de sentir el peso del deber ser en mis hombros, simplemente disfrutando de las cosas en el momento tal y como son, sin la necesidad de estar concentrada en una acción pues los sentidos están disueltos en el lugar.

Ellas se han vuelto mis grandes maestras al encaminarme hacia una conexión con mi espiritualidad, como si fuera una oración, me acercan a la totalidad de la vida y a la presencia de Dios. Mientras me encuentro sumergida, ya sea en la pintura o en la naturaleza, aprendo cosas, tanto del medio como de la vida y al estar en un lugar seguro puedo experimentar las amables enseñanzas que me otorga, recorriéndolas de arriba abajo con confianza hasta que finalmente puedo aplicarlas en mi cotidianidad.

---

<sup>1</sup> Comportamiento donde hay que cumplir con estándares sociales y familiares incluso limitando la perspectiva personal.

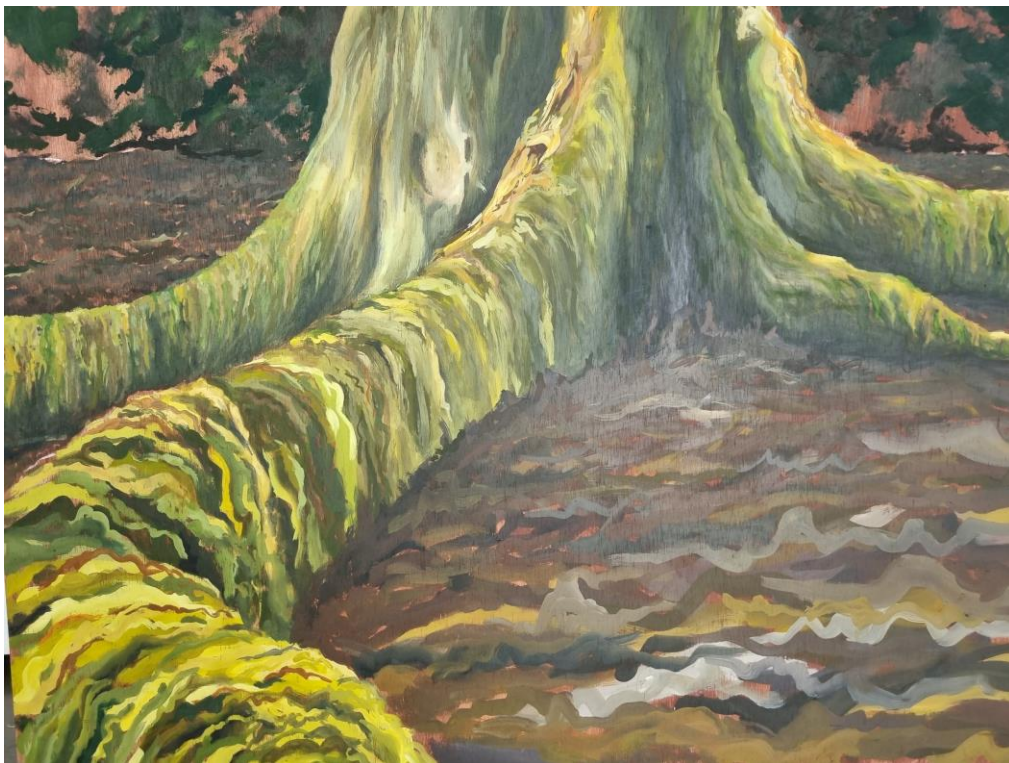
<sup>2</sup> Así se les dice a los zorrillos en la zona.

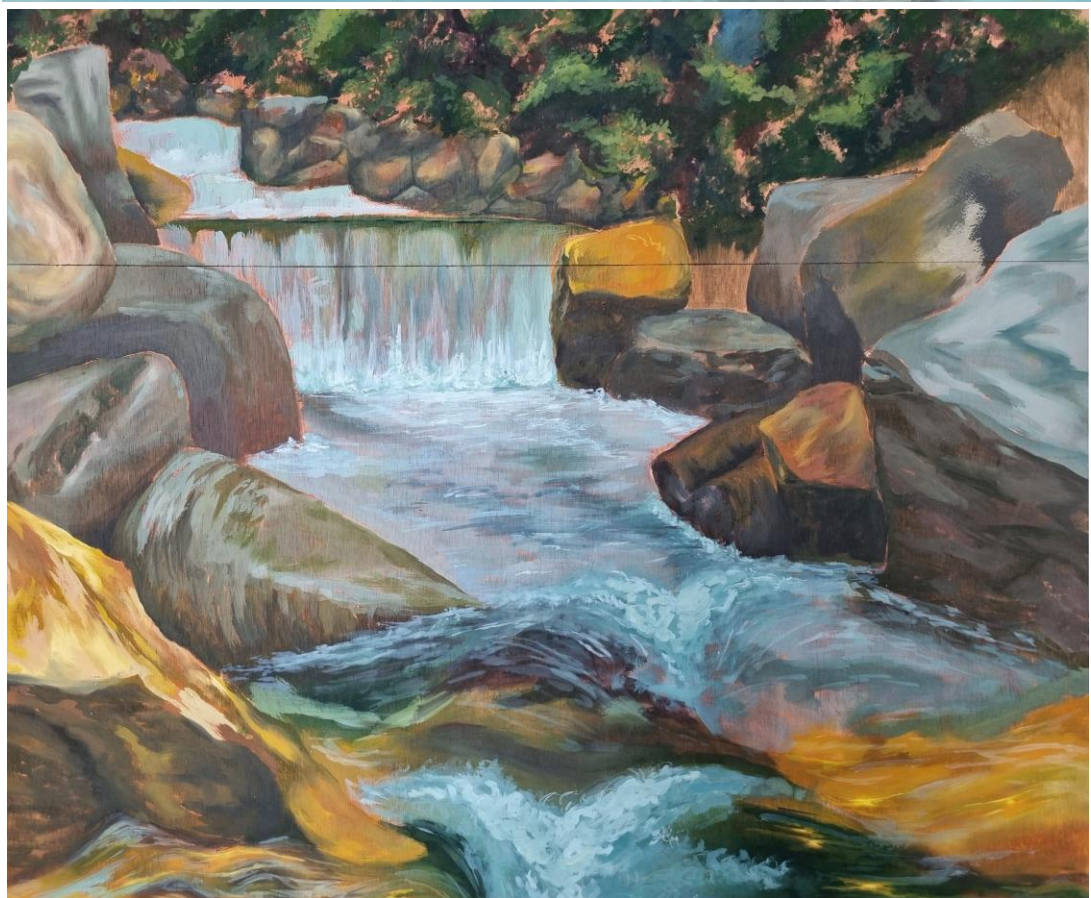
<sup>3</sup> El potrero donde se encuentra el establo donde se ordeñaban vacas antiguamente.

<sup>4</sup> El mismo abuelo que me regaló los materiales y me llevaba al jardín.

---

Fotos:



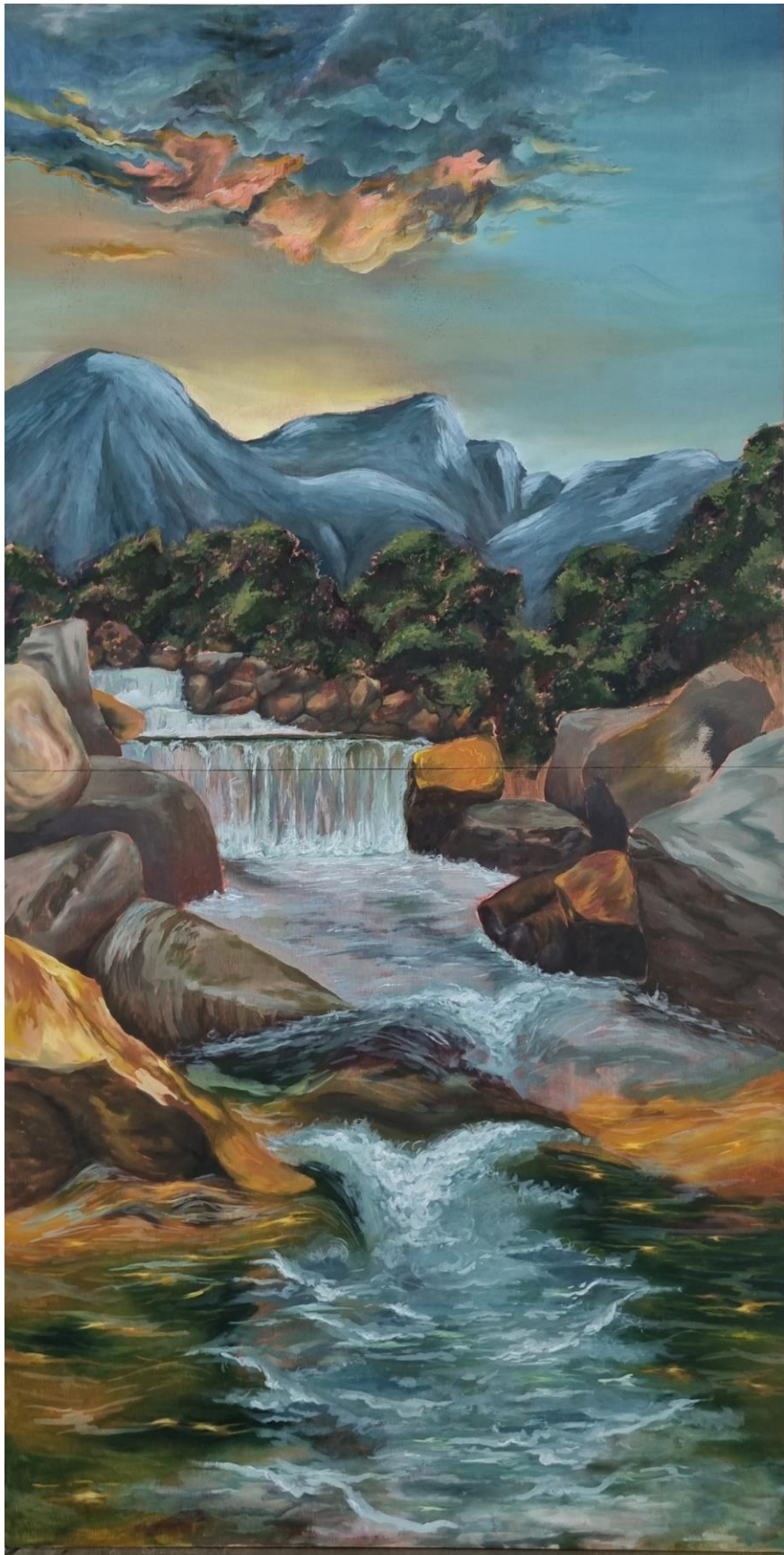












---

# Bibliografía:

Fajardo, O. (2022). La experiencia contemplativa: En la mística, la filosofía y el arte. Editorial

Kairós. NiNa.Az. (2022, marzo 25). Amate. En [www.wiki3.es-es.nina.az](https://www.wiki3.es-es.nina.az). <https://www.wiki3.es-es.nina.az/Amate.html>

Chuck Smith Productions. (2009, febrero 21). Interview with Agnes Martin (1997) [Video].

YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=-JfYjmo5OA>

- Todas las imágenes presentadas en este documento son de autoría propia.